

CONSIDERACIONES SOBRE EL AUTISMO

Juan José Calzetta

Resumen

El presente artículo sostiene la necesidad de una integración de perspectivas teóricas para llegar a un nivel superior de comprensión del tema en estudio. A partir del trabajo clínico y de investigación, el autor propone revisar la forma tradicional en que el Psicoanálisis suele considerar la etiología del autismo y el vínculo entre el niño autista y su familia. Con respecto a la metodología para el tratamiento y la investigación se señala también la necesidad de integrar distintos enfoques y recursos técnicos y se aporta a la discusión sobre el rol del psicoanalista en tales tareas. Se plantean, asimismo, algunas consecuencias metapsicológicas de disfunciones de aparición habitual en estos niños, en particular disfasias y dispraxias, que inciden en la formación de los sistemas representacionales y en la constitución del aparato psíquico.

Palabras clave:

Autismo, Comunicación, Constitución del aparato psíquico, Vínculos familiares, Fronteras epistemológicas.

Introducción

El autismo sigue siendo un enigma. A pesar de los numerosos textos escritos sobre el tema en las últimas décadas y de la variedad de disciplinas que se ocupan de él, su naturaleza íntima es aún refractaria al conocimiento científico. Aún cuando en ocasiones se comprueba que ha sido develado algún aspecto importante, una observación más minuciosa muestra, invariablemente, que se mantienen inaccesibles cuestiones nodulares.

Creo, a la luz de lo producido, que no puede abordarse la totalidad de los fenómenos estudiados desde una sola perspectiva teórica. Para obtener un mayor conocimiento sobre el tema –y, por lo tanto, para pretender mayor eficacia en nuestros métodos terapéuticos- se hace necesario trascender las fronteras conceptuales mediante la creación de puentes epistemológicos que permitan aprovechar los distintos territorios de investigación. Esto plantea dificultades teóricas de gran magnitud, pero no irresolubles. No se trata, por cierto, de exportar acríticamente conceptos de una disciplina a otra, sino, más bien, de una sistemática exploración de las líneas de borde que permita la articulación de conocimientos. No es la menor de las dificultades el que cada modalidad de investigación se apoye en un método propio. No tiene sentido pretender reducir toda instrumentalidad a un idealizado “método científico” universal: cada disciplina obtiene una porción del saber con sus propias herramientas. Pero se hace necesario trabajar la forma en que esos fragmentos puedan aportar a una visión superior de lo investigado

Este artículo contiene reflexiones que se alimentan de fuentes diferentes: el trabajo clínico psicoanalítico, el conocimiento cercano y prolongado de algunos niños autistas y sus familias y la tarea de investigación. Ésta última, en particular, se

refiere últimamente a la comunicación y la estructuración psíquica en niños y jóvenes que carecen de la posibilidad de utilizar lenguaje oral, escrito o por señas o poseen lenguaje oral limitado, ecolálico o bizarro y no se comunican a través de la escritura espontánea. Como es evidente, la mayoría de los niños que cumplen esas condiciones son autistas. Se instrumenta una técnica de comunicación a través de la escritura por medio de una computadora y con soporte físico y emocional a cargo de un auxiliar de la comunicación, denominada “Comunicación facilitada”. Esa técnica –que se originó en Australia a mediados de los años 70, en los 90 fue introducida en los Estados Unidos de Norteamérica y alcanzó luego difusión en Alemania e Italia- parece dar resultados favorables en una considerable proporción de estos casos que, a través de esa forma de escritura, logran un nivel de comunicación superior a lo que se suponía que eran sus posibilidades (ver, por ejemplo, Biklen, 1993 y Crossley, 1994. En el campo psicoanalítico se encuentran referencias a la cuestión en Mannoni, 1996). Propongo, por mi parte, que a partir de este peculiar proceso de aprendizaje pueden formularse hipótesis sobre la correspondiente estructuración del aparato psíquico en los casos en estudio.

La técnica en sí misma ha generado polémicas, pero quien haya tenido la paciencia de trabajar muchos meses –a veces más de un año- con un niño autista carente por completo de lenguaje hasta que logre buscar y encontrar en el teclado una letra determinada, podrá comprobar, posteriormente, que en muchos casos esa nueva posibilidad expresiva facilita modificaciones apreciables en la comunicación y aún en el resto de la conducta. No es excepcional que cierta forma de lenguaje oral se habilite a posteriori, o que el niño encuentre modos de tramitación de sus impulsos más adaptados a la realidad.

Pero no trataré, en esta oportunidad, de presentar resultados de ese trabajo: lo invoco, meramente, como fuente de experiencias que aportan al panorama conceptual que, a lo largo de los últimos años, voy construyendo sobre el tema.

Los niños y sus familias

Pensar la problemática del autismo desde la perspectiva psicoanalítica obliga, en primera instancia, a despejar un malentendido fundamental presente en algunas de las concepciones tradicionales y que, a pesar de los conocimientos adquiridos en el último cuarto de siglo, sigue manifestándose en los trabajos de analistas que incursionan en el tema. Me refiero a la insistencia por encontrar siempre las causas primarias del mal en una perturbación o un defecto de los vínculos primarios. Es decir, el esfuerzo por simplificar que lleva a asignar a las perturbaciones más graves del desarrollo psicológico una etiología que las emparente con las neurosis y las alteraciones del carácter de estructura homóloga, lo cual llega en ocasiones a constituir una especie de “declaración de principios” opuesta a la evidencia clínica.

Es cierto que, en su momento, no faltaron razones para tal presunción. Algunas semejanzas formales entre estas patologías y ciertas psicosis o neurosis graves, la ausencia de daños neurológicos evidentes o groseros, el entusiasmo por una teoría que abría un terreno nuevo y prometedor, la esperanza de encontrar una cura posible: si el daño estaba ocasionado por el vínculo, entonces podría repararse a través de un nuevo vínculo. El espíritu del tiempo invitaba a confundir esa expresión de deseos con la realidad

El entusiasmo de los investigadores psicoanalíticos los llevó entonces a encontrar en las familias de los autistas una serie de rasgos comunes y supuestamente causantes

de la enfermedad. Aún Winnicott (1966, 1967) incurrió en ese apresuramiento: en sus conferencias sobre el tema desarrolla hipótesis teóricas que reducen el autismo a una forma de esquizofrenia, y conducen de ésta a sus supuestas causas en las carencias del vínculo temprano.

Pero lo cierto es que, según viene demostrando con insistencia la práctica clínica, esas mismas particularidades en las configuraciones familiares pueden hallarse con facilidad en las historias de casos que nada tienen que ver con el autismo. El de las patologías narcisistas en la niñez, por ejemplo, es todavía un territorio relativamente poco explorado, en el que abundan muchas de las formas de vínculo que se suelen ubicar como fundamento etiológico del autismo. Del mismo modo, en familias de niños autistas, en particular si tienen uno solo de sus miembros en esa condición, no resulta posible aislar de manera consistente un conjunto de rasgos o conductas específicas a las que atribuir la causa de esa patología

Recientemente comenzó a prestarse atención a otro aspecto fundamental: el efecto que en el psiquismo de madres (y padres) produce tener un hijo autista, efecto que debe necesariamente incluir la forma en que la frustración parental subsecuente revierte sobre el estado autista del niño, pudiendo llegar a empeorar el cuadro. Tal como sugerí con anterioridad, “cierto reduccionismo ingenuo insiste en considerar una sola dirección causal: de la acción de los padres al psiquismo del niño, y de allí a los graves trastornos del desarrollo” (Calzetta, 2000). Se trata éste de un tema escasamente abordado por los desarrollos psicoanalíticos: se hace aún necesario profundizar en la explicación metapsicológica de las relaciones mutuas, dinámicas y complejas en sus acciones y retroacciones, entre esos espacios psíquicos.

Comenzando por la relación materno-filial, el hecho de que uno de esos aparatos sea apenas un esbozo de psiquismo, mientras que en el otro se presume un desarrollo completado, no puede ser invocado para desestimar el intento, dada la importancia que el hijo adquiere para la economía libidinal de la madre. Desde la perspectiva freudiana, por ejemplo, el niño asume un papel fundamental en la tramitación de la identidad sexual femenina. En la medida en que se constituye el deseo de un hijo, “siguiendo una antigua equivalencia simbólica el hijo aparece en el lugar del pene” (Freud, 1933), y repara la herida en el sentimiento de sí que había surgido en los años infantiles, como reacción específicamente femenina frente al enigma de la diferencia anatómica entre los sexos. La devoción de la madre hacia esa otra parte de sí que la mira desde fuera de ella y la completa es la contrapartida afectiva del sostén que, como bien lo indicó Winnicott (1980), funciona como agente necesario del desarrollo psicológico del niño. Pero ese amor, como todos, exige retribuciones. Si el pequeño es incapaz, por insuficiencia neurológica, de proporcionarlas, podrá producirse un efecto sobre la estructura psíquica materna que será directamente proporcional a la fragilidad de ésta. Esto, a su vez, ejercerá en la misma proporción un efecto retroactivo sobre la patología del niño en el sentido de su agravamiento. En este sentido es interesante la introducción del concepto de “niño insuficientemente bueno”, el que determina una ruptura en la transmisión psíquica del vínculo intergeneracional (Andre, 1985)

Difícilmente podría no considerarse como una verdadera catástrofe psíquica el no sentirse amada ni reconocida por el propio hijo, ya que la frustración recae sobre expectativas libidinales básicas para la estructura. El hecho, referido habitualmente en la bibliografía, de la aparición del autismo alrededor de los dos años de edad o poco antes no resulta indiferente en lo que hace al sufrimiento parental. Pequeños

signos laboriosamente desmentidos durante esos primeros 20 o 24 meses –un proceso de ocultamiento en el que a menudo colaboran, bienintencionados, los mismos pediatras-, retornan de manera súbita y siniestra bajo la forma de un extraño mal, que en nada parece afectar excepto en aquello que realmente importa para las relaciones entre las personas. No hace falta agregar que una intervención psicológica desafortunada puede tener la desastrosa consecuencia de culpabilizar a las madres, con lo que sólo se logra dañar los mecanismos de sostén que pudieron conservarse a pesar del intenso sufrimiento que produce en el grupo familiar la aparición de un niño con estas características y, por lo tanto, provocar un mayor aislamiento del niño.

La cuestión del sentimiento de culpa puede evaluarse en toda su gravedad cuando se piensa que inevitablemente estos niños generan en sus padres afectos intensamente ambivalentes, y no es frecuente que pueda aceptarse y tolerarse el odio hacia la propia descendencia. En el discurso de los padres de niños autistas, la fantasía de muerte del hijo aparece siempre como un contenido sumamente doloroso, fuertemente negado la mayoría de las veces y de verbalización siempre difícil.

En estas vicisitudes los padres aparecen tan afectados como las madres, aunque la dinámica de su padecimiento sea diversa. En particular, la frustración que recae sobre la relación con el hijo varón (recuérdese que esta enfermedad afecta a cuatro veces más varones que niñas) golpea al hombre en la zona siempre sensible de la identificación con su propio padre; por lo tanto también en el corazón de su identidad sexual. Ese hijo con el que nunca se podrá tener un diálogo “de hombre a hombre” –aunque siempre se sostendrá en secreto tal fantasía, porque nada en la apariencia del niño autoriza a perder las esperanzas-, simplemente porque jamás accederá a los códigos tácitos que regulan las relaciones entre las personas en la cultura¹, será siempre una especie de muerto-vivo, que no brindará al padre la posibilidad de dar vida a una parte de sí, y, por lo tanto, que no le facilitará la elaboración de algunos de sus conflictos más profundos, en particular en lo relacionado con la ambivalencia con su propio padre. Y el hecho de tener otro hijo varón puede aliviar, pero seguramente no exculpa por completo.

La cuestión del método

Mucho de lo que se ha investigado en los últimos años en el tema del autismo reconoce una inspiración predominantemente cognitivista. Resultan destacables, por ejemplo, los aportes de Frith (1989), quien, con aguda percepción, ha descrito y clasificado algunas de sus manifestaciones más características. Aún cuando la “teoría de la mente” que desarrolla exija una profunda discusión, es indudable su mérito al relevar las constancias cognitivas y conductuales que se reiteran en las innumerables formas que adquiere esta entidad de límites difusos que llamamos “autismo”. Me parece importante tomar en cuenta la recomendación de la autora citada, en el sentido de profundizar la investigación psicológica, entre otras razones porque es ese el único camino para orientar la indagación neurológica sobre los

¹ Debe tomarse en consideración la enorme dificultad –si no imposibilidad completa- que representa, para estos niños, encontrar algún nivel de inscripción en una filiación simbólica, en el sentido del “contrato narcisista” que desarrolla Castoriadis Aulagnier, P. (1975).

determinantes básicos de la condición autista. Obviamente, de acuerdo con su posición teórica, esa autora alude a investigaciones neuropsicológicas y cognitivas. Creo, por mi parte, que todo esfuerzo en tal sentido quedaría inevitablemente limitado si no se articula, además, la comprensión psicoanalítica del tema. Ésta es la única forma de incluir la dimensión propiamente subjetiva de estos casos.

La aproximación psicoanalítica debe comenzar, de acuerdo con lo apuntado más arriba, por desembarazarse de la rémora añeja que consiste en suponer que toda explicación deberá invocar desde el inicio una secuencia etiológica predominantemente vincular. Pero existe una dificultad de mayor envergadura: el método de investigación que se utilice no puede ser sino heterodoxo a los usos establecidos del Psicoanálisis, dado que, por definición, estos sujetos no podrían aceptar el pacto de la asociación libre dentro de un setting predeterminado, aún cuando, como ocurre en algunos pocos casos, dispongan de cierto nivel de lenguaje u otra forma de expresión simbólica apta para el intercambio comunicativo. ¿Cómo trabajar, entonces?

Es cierto que los desarrollos más recientes en Psicoanálisis abrieron la puerta al abordaje de patologías cada vez más alejadas de la tradicional neurosis de transferencia; los aportes de Green (1990) o Castoriadis-Aulagnier (1975), por ejemplo, apuntan hacia la creación de formas técnicas específicas para el acceso a trastornos narcisistas o psicóticos. Pero el autismo es algo bien diferente. No es, por cierto, una forma infantil de esquizofrenia ni tiene con la psicosis, tal como se la considera desde el Psicoanálisis, más que algunas semejanzas formales. La elección misma del término autista es discutible, tanto en cuanto a los usos de tal denominación en la historia de la Psiquiatría como en lo relativo a su significado más habitual.

Por otra parte, los investigadores que provienen de distintos ámbitos, dentro y fuera del Psicoanálisis, no terminan de ponerse de acuerdo en cuanto a los límites de la clase. Desde el primer inventario de rasgos que hiciera Kanner – por cierto, simplificado años después por el mismo autor, en lo que algunos consideran un empobrecimiento de las categorías diagnósticas- hasta las descripciones del DSM IV (American Psychiatric Association, 1994), se han sucedido numerosas opiniones, muchas de ellas aún vigentes, según las cuales se amplía o se disminuye la comprensión de esa categoría denominada “autismo”. El mérito del mencionado manual estadístico de la Asociación Psiquiátrica norteamericana es que lo incluye dentro de la categoría más abarcativa de “trastornos generalizados del desarrollo”, ubicándolo por tanto en la circunstancia que le es propia, sin que ello implique presunción etiológica alguna. Lo cierto es que lo que algunos autores consideran autismo, susceptible de ser tratado por cierto método terapéutico, para otros escapa por completo de la clasificación, aún sin incluir los trastornos emparentados, como el síndrome de Asperger, que se refiere a estructuras autísticas pero con buen desarrollo de lenguaje y elevado rendimiento intelectual.

Pero si se toma en consideración sólo lo que la mayoría de los investigadores y clínicos estaría de acuerdo en denominar autismo, tampoco se llega por eso a una situación más clara o sencilla. Dentro de tal categoría, las diferencias entre casos pueden ser enormes, tanto en cuanto a sus manifestaciones como a su evolución. Unos carecen por completo de habla, mientras que otros parecen disponer de una

cierta cantidad de palabras; de unos puede suponerse alguna comprensión del lenguaje, al tiempo que de otros nunca se sabe qué comprenden en realidad, o su comprensión parece fluctuar en gran medida de un momento a otro. Lo común a todos es, sí, una importante medida de trastorno del lenguaje. En cuanto a la motilidad, ciertos casos manifiestan una importante tendencia a la hiperactividad, mientras que otros prefieren permanecer en estado de quietud, o alternan entre uno y otro. Lo mismo podría decirse de la capacidad de fijar y sostener la atención o de organizar secuencias de respuesta relativamente complejas. A veces las praxias más simples son imposibles de realizar y otras veces logran rendimientos motores sorprendentes aunque puntuales. No me propongo inventariar aquí la colección completa de rasgos autistas; pueden consultarse para ello las completas descripciones que existen, como la ya citada del DSM IV u otras más minuciosas aún. Pero me parece importante insistir en la cuestión de la extrema variabilidad entre casos que comparten la categoría diagnóstica. Lo que, en todo caso, puede afirmarse de todos ellos es que sufren de una severa restricción en cuanto a la comunicación. Y también -tal vez su aspecto más impresionante- que su forma de aprehensión de la realidad parece determinada por una incapacidad básica para advertir el sentido social o interhumano de lo existente, en tanto campo determinado por la intersubjetividad. Esta característica, que guarda alguna relación con lo que ocurre, en el curso del desarrollo, en los niños más pequeños, estaría en la base de lo que se ha dado en llamar la “teoría de la mente”, es decir, la imposibilidad que se atribuye a estos sujetos de concebir al otro en términos de estados mentales diferentes de los propios. Pero ésta parece ser más bien, en mi opinión, efecto de una dificultad radical en llevar a cabo el proceso de diferenciación entre el Yo y el objeto, lo que conduce a que estos niños tiendan a utilizar el cuerpo del otro como una prolongación del propio.

Es significativo, en este sentido, que sea habitual la aparición del cuadro alrededor del año y medio o los dos años de edad, una época de gran importancia para la constitución subjetiva. Esto puede abordarse desde ángulos diversos. Según la metapsicología psicoanalítica, por ejemplo, es el tiempo de la constitución del psiquismo en que se logra un primer nivel en la organización del llamado Yo de Realidad definitivo, que ya no puede sostener ilusiones sobre la alteridad del objeto y que activa la angustia de pérdida como señal ante la temida situación de desvalimiento psíquico por abandono. Es, también desde este enfoque, la etapa del comienzo de la elaboración de situaciones potencialmente traumáticas por vía simbólica, de la cual el juego del carretel (Freud, 1920) es un ilustre ejemplo. Para la perspectiva epistemológica genética (Piaget, 1959), a su vez, corresponde al surgimiento de la función semiótica -cuyas manifestaciones iniciales son la imitación diferida, los juegos simbólicos y los primeros niveles del lenguaje-, lo que representa un enorme avance en la posibilidad de extender la propia acción en el mundo. Implica necesariamente el haber ya conquistado la permanencia de objeto y logrado organizar el espacio como un grupo objetivo de desplazamientos regidos por leyes precisas, es decir, un espacio homogéneo. Es en este punto donde comienza a producirse el más estruendoso fracaso adaptativo del niño autista. Surgen regresiones sorprendentes y hasta llegan a perderse algunas palabras adquiridas, que a menudo eran utilizadas con un sentido preciso. Pero, más aún, se observan anomalías en la construcción del espacio, así como habitualmente dificultad para las praxias complejas, aún cuando pueda alcanzarse, al mismo tiempo, un sentido

de orientación espacial en ocasiones excepcional, con habilidad para calcular trayectorias y desplazamientos en forma rápida y con visión lateral.

Con respecto a la pregunta planteada más arriba, acerca del método para la aproximación adecuada a estos casos, creo que vale adoptar, como punto de partida, una posición decidida en el sentido de la exploración de caminos posibles, más allá de todos los acartonamientos y las limitaciones que podría imponer la sumisión a las reglas técnicas tradicionales. Como se dijo, los métodos habituales del Psicoanálisis son inaplicables en estos casos. En una gran proporción de ellos el sujeto carece de lenguaje –la posibilidad de adquirirlo parece marcar una diferencia fundamental en cuanto a la evolución del tratamiento–, no se puede expresar por señas y ni siquiera muestra, por lo general, atisbos de juegos simbólicos. Difícilmente pueda establecerse con él un pacto mínimo acerca de la tarea a realizar y, a veces, el analista no puede asegurar siquiera que el niño asigne algún sentido a su presencia. Lo más parecido al jugar consiste, muchas veces, en la fascinación por algún objeto –sobre todo si produce movimientos giratorios– en cuya observación puede el niño abstraerse horas enteras. La sesión puede transcurrir entre la nada y la angustia de gritos y llantos aparentemente inmotivados, las carreras sin sentido entre una pared y la opuesta, la autoagresión o la destrucción de objetos, en ocasiones una larga serie de sucesivos llenados y vaciados de recipientes con agua o el retorcerse en posiciones extrañas, escondido debajo de la mesa.

Las intervenciones del analista en estos casos proceden, por lo general, de un intento de comunicación empática con el niño, por el cual se procura asignar sentido a esas y otras manifestaciones semejantes. Ese sentido proviene de la búsqueda que el analista realiza en su propio interior, un suerte de identificación instrumental como vía para el encuentro de la palabra que designe el afecto y permita reconocer situaciones vitales. (Cf., por ejemplo, Tustin, 1972) Quien haya intentado transitar este camino terapéutico sabrá que no suele ser posible mantener el estado de atención flotante en esas circunstancias –en que lo significativo no sólo no es verbal sino que ni siquiera puede asegurarse su carácter claramente simbólico– y que lo que puede ser considerado como contratransferencia es apenas un conglomerado de estados afectivos casi indiferenciados, con predominio, a menudo, de angustia, desazón y aburrimiento; manifestaciones en el nivel del afecto de la tendencia a la desinvertidura a causa del “narcisismo de muerte” (Green, 1983), cuya fuerte presencia puede comprobarse en el psiquismo de estos niños. A partir de la necesidad que se impone de compartir el mundo de su paciente mediante esa forma de identificación instrumental mencionada más arriba, el analista queda capturado por una forma de funcionamiento, diría Green, “tantalizante”, (Green, 1972, pág. 82) en la que el proceso psíquico es arrastrado hacia la nada.²

Por cierto, pueden producirse cambios favorables, pero no es sencillo determinar si obedecen a la elaboración por vía de la palabra, propia del Psicoanálisis o, más bien, al efecto de un vínculo que, al no ser primario pero sí consistente, estable en el

² La referencia al mítico suplicio de Tántalo, que Green utiliza para ilustrar el funcionamiento psíquico en psicosis y estados fronterizos, resalta la tendencia al vacío que predomina en esos casos –“que arrastra al sujeto a un abismo sin fondo, hasta la alucinación negativa de él mismo”, agrega– y remite al concepto de “narcisismo primario absoluto” como tendencia a llegar lo más cerca posible del grado cero de la excitación. Salvando las diferencias aludidas más arriba, el concepto parece también útil para aplicar a los casos a los que se refiere el presente artículo.

espacio y de persistencia en el tiempo con un ritmo propio, facilita un anclaje para la organización de sectores del Yo, que se apoyan en el nuevo auxiliar como en una prótesis.

Una dirección posible

El trabajo con estos niños en diferentes ámbitos parece mostrar que no siempre es el ambiente de un consultorio analítico el más apto para el tratamiento. En oportunidades se comprueba que el ámbito más estimulante para la participación y el intercambio con el otro es el de una piscina, en la que los niños pueden realizar actividades que los llevan del reconocimiento del propio cuerpo al del espacio y, de allí a la construcción de representaciones. Es también conocida la facilidad con que muchos de estos niños participan en actividades musicales. El encuentro con una computadora, como ya se mencionó más arriba, produce a veces efectos sorprendentes de motivación; en ocasiones –y esto es, en sí mismo, interesante dada la tendencia radical al aislamiento que se atribuye al autismo- con más intensidad si el sujeto percibe que hay otros niños con dificultades semejantes intentando la misma tarea.

No podría sostener, en este momento, que sea invariablemente el conjunto de recursos técnicos que forman el bagaje habitual del psicoanalista el más adecuado para el abordaje de estos casos. Se me impone cada vez con mayor fuerza la convicción de que es necesaria una pluralidad de enfoques y metodologías, tanto para la investigación como para la aproximación terapéutica. Creo, en cambio, que el psicoanalista es quien posee, por su formación teórica y clínica, la posibilidad de funcionar como un verdadero “director de orquesta” del equipo que se integre para el abordaje de estos casos. Lo que está en juego, básicamente, es el proceso de constitución del aparato psíquico. El niño autista está atrapado en un momento crucial de su génesis, enfrentado con fuerzas que le exceden a causa de una serie de factores que comienzan con la insuficiencia de su dotación constitucional. El trabajo que con ellos se realice debería estar en relación con esa tarea primordial de construcción de estructura psíquica, un proceso cuya intimidad sólo es comprensible desde una perspectiva metapsicológica.

El desarrollo minucioso de esta afirmación excedería largamente el propósito de este artículo. Sólo apuntaré, a modo de referencia muy general, unas pocas cuestiones que juzgo básicas. La clínica muestra –y en esto han coincidido casi todos quienes se ocuparon del tema- que existe un importante nivel de trastorno de lenguaje en todos los casos de autismo, aunque su grado puede variar en gran medida de uno a otro. Estas disfasias son mixtas –de expresión y de comprensión simultáneamente- aunque también es sumamente variable la proporción en que se encuentra cada una de ellas. Algunos autores (Citados por Ajuriaguerra, 1977) superponen el autismo con las afasias congénitas. En mi opinión debe considerarse que la dificultad abarca por completo a la función simbólica, desde sus niveles elementales, lo que afecta a la posibilidad de representación. Asimismo, un nivel también variable de praxias fallidas parece encontrarse con regularidad. (Ver, por ejemplo Bara, Bucciarelli.& Colle, 2001; Brighenti, Teatin & Malaffo, 2000) Esto se confirma, por ejemplo, a partir de la respuesta favorable al sostén del auxiliar en la ejecución de ciertas acciones complejas o muy específicas, aún cuando a veces logren realizar con notable habilidad otras acciones.

Las dos cuestiones señaladas –que no son las únicas que pueden indicarse, pero que pueden servir como ilustración de mi punto de vista– son básicas para la construcción del sistema representacional, tal como éste tópico está considerado por la metapsicología psicoanalítica. El tema de la acción –o, mejor dicho, la percepción de las acciones propias y de sus consecuencias– forma parte de la génesis de la representación ya desde las primeras teorizaciones freudianas (cf. Freud, 1950 (1895)). La cuestión de la acción propia es también destacada en trabajos posteriores, en particular en relación con el proceso de constitución del Yo (como, por ejemplo, Freud, 1915a). Esto implicaría ya al nivel primordial de representación, el de las “Representaciones-cosa” (Freud, 1915b). Resulta evidente, por su parte, la incidencia del trastorno de lenguaje en el funcionamiento del sistema preconsciente, construido básicamente a partir de “representaciones de palabra”.

La representación debe ser considerada como parte de un proceso permanente de cualificación y un proceso en sí misma, o sea, como un modo de unión dinámica que comienza por vincular exigencias de trabajo de procedencia somática con restos perceptuales de experiencias varias, organizadas según el principio del placer-displacer. En nuestra especie constituye el mecanismo organizador básico de la experiencia, el sustrato de los sistemas de significación, el fundamento de todo otorgamiento de valor. Es lo que permite orientarse afectiva y, por lo tanto, también cognitivamente en el mundo, dado que éste no es sólo fuente de datos fríamente procesables, sino, básicamente, el lugar donde sufrir o gozar. En el mundo humano no es posible sobrevivir como máquinas desafectivizadas, como simples procesadores de información. La dimensión del deseo es inseparable de lo humano: si resulta frustra la constitución del sistema desiderativo, las exigencias somáticas y los estímulos externos se confunden en una misma realidad traumática.

Debe considerarse, entonces, que lo fundamental de estos casos es un defecto de alcance variable en el proceso representacional, que abarca en mayor o menor medida tanto el nivel de las representaciones de palabra como el de las representaciones-cosa. En ocasiones puede advertirse tal efecto ya en las primeras cualificaciones fallidas, pero siempre se lo observa en relación a la neorrealidad simbólica coextensa con la alteridad del otro humano, dado que no podría completarse la discriminación entre el Yo y el objeto de amor en ausencia de un sistema de símbolos adecuado. Puede concebirse, creo, como una falla que atraviesa longitudinalmente toda la secuencia de las instancias representacionales. La organización de la sexualidad es en estos casos siempre fallida; no sólo en el nivel obvio de la genitalidad, sino en todo el recorrido de la evolución psicosexual, donde, a lo sumo, aparece claramente constituido el nivel de la gratificación oral, pero aún él marcado por perturbaciones (excesos o defectos) de variado calibre. Podría decirse, a modo de sucinta conclusión general, que la sexualidad fracasa en su función organizadora de la subjetividad.

Concluyo esta reflexión insistiendo en un interrogante: ¿Cuál es el aparato psíquico que se construye a partir de una dotación constitucional anómala como la que suponemos en estos casos? Creo que la investigación en este sentido es fundamental para aportar, también, en el sentido de la pregunta complementaria: ¿Qué peculiar estructuración neurológica soporta este aparato psíquico? Éste es un tema de fronteras en más de un sentido.

Bibliografía

Ajuriaguerra, J. de (1977): *Manual de Psiquiatría infantil*. 4ª Edición. Masson, Barcelona, 1991.

American Psychiatric Association (1994): *DSM-IV*, Masson, México, 1996.

Andre, F. (1985) L'enfant "insuffisamment bon" en thérapie familiale psychanalytique, Thèse de Doctorat de 3ème Cycle, Lyon II.

Bara, B.G., Bucciarelli, M. & Colle, L (2001) "Communicative abilities in autism: Evidence for attentional deficits". *Brain and Language*, 77, 216-240.

Biklen, D. (1993) *Communication Unbound*, Teachers College Press, New York.

Brighenti, M., Teatin M. & Malaffo, F. (2000) *La dispraxia nell'autismo*, Conferencia presentada en la Syracuse University, U.S.A.

Calzetta, J. J. (2000) "Más allá de la frontera", en *Cuestiones de infancia* Vol. 5, Buenos Aires.

Castoriadis Aulagnier, P. (1975): *La violencia de la interpretación*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.

Crossley, R. (1994) *Facilitated Communication Training*, Teachers College Press, New York.

Freud, S. (1915a): "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras Completas*, vol. 14, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976

Freud, S. (1915b): "Lo inconsciente", en *Obras Completas*, vol. 14, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Freud, S. (1920): *Más allá del principio de placer*, en *Obras Completas*, vol. 18, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Freud, S. (1933): "La femineidad", Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en *Obras Completas*, vol. 22, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Freud, S. [1950 (1895)] Los orígenes del psicoanálisis, Proyecto de Psicología, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, vol. 1, Buenos Aires, 1976.

Frith, U. (1989) *Autismo*, Alianza, Madrid, 1991.

Green, A. (1972): *De locuras privadas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1990.

Green, A. (1983): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

Green, A. (1990): *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.

Kanner. L. (1943) "Autistic Disturbances of Affective Contacts", *The Nervous Child*, 2.

Kanner, L. (1951) *Tratado de Psiquiatría Infantil*, Ed. Zig Zag, Sgo de Chile.

Manonni, M. (1996) *¿Qué ha sido de nuestros niños locos?* Nueva Vision, Bs. As.

Piaget, J. (1959) *La formación del símbolo en el niño*, Fondo de cultura económica, México, 1992.

Tustin, F. (1972) *Autismo y Psicosis Infantiles*, Paidós, Barcelona, 1994.

Winnicott, D. (1966): "Autismo", en *Acerca de los niños*, Paidos, Barcelona, 1998.

Winnicott, D. (1967): "La etiología de la esquizofrenia infantil en términos de falla adaptativa", en *Acerca de los niños*, Paidos, Barcelona, 1998.

Winnicott, D. (1980) *La familia y el desarrollo del individuo*, Hormé, Buenos Aires.

Publicado en Cuestiones de infancia, revista de psicoanálisis con niños, Año 2003 Vol.7, Buenos Aires.